

Cómo capacitarse en idiomas de baja difusión



| Por la Trad. Públ. y Prof.^a Ana María Janků

Estas son las reflexiones de una experimentada traductora sobre la formación profesional para los colegas que trabajan con las lenguas llamadas de baja difusión. Subraya la importancia de seguir estudiando todo lo necesario acerca de un idioma que pocos hablan fuera del país de origen.

El 23 de septiembre de 1981, fui inscrita bajo el número 1658 (Tomo VIII, Folio 57) en idioma inglés en la matrícula del CTPCBA. Las palabras del Traductor Público Carlos Pérez Aquino, secretario a cargo de la ceremonia, durante el acto de jura —al que concurrí con mi hija Priscila pronta a nacer— quedarían grabadas a fuego y determinarían lo que considero es, aún hoy, una condición *sine qua non* en todo mi quehacer profesional:

—¿Juráis por Dios, la patria y estos Santos Evangelios desempeñar con rectitud, lealtad y patriotismo la profesión de traductor público para la cual la Universidad les ha conferido el grado académico... —dijo y a continuación agregó—: realizando cada traducción *como si fuera la última?*

—Sí, juro —contestamos al unísono.

—Si así no lo hicierais, que Dios y la patria os lo demanden.

Como si fuera la última... Cumplir con esa promesa (sin morir en el intento) no ha sido tarea fácil. Implicó y aún hoy, en algunas ocasiones, implica largas noches casi sin dormir, interminables consultas telefónicas —recorde mos que en aquellos años no contábamos con la invaluable asistencia de internet—, consultas con otros profesionales del tema, por dar algunos ejemplos. Y también revisar, «dejar descansar el texto», volver a revisar, chequear, volver a chequear... Todo para que, en el preciso momento de entregar el trabajo, cuando nuestra firma y sello ya lo han «condenado a la posteridad», nos ataque el síndrome que di en llamar «¡No dejarte ir!».

Ahora bien, treinta y tantos años de experiencia como traductora pública, intérprete, perito y docente universitaria de idioma inglés, profesora en traducción reza el diploma. Y, en verdad, mi lengua materna es el checo.

Checo... ese arpegio de notas que emanaba de la boca de mi madre cada mañana, invitándome a abrir los ojos...; el versito que mi padre recitaba en mi despertar: *Dobré rano slečno vráno!* («¡Buenos días, señorita mirlo!»); las canciones y los cuentos que mi *Babíčka* («abuelita») producía cada noche, con personajes tradicionales como el *Vodník* («genio del agua») y la *Polednička* («bruja del mediodía»), entre tantos otros del acervo cultural eslavo y celta; o las piedritas blancas que traía el mar —*moře kaminsky* (literalmente: «piedritas marinas») y con las que tanto disfrutaba jugar en las playas de Comodoro Rivadavia... ¡cuántos recuerdos!

Un día, me informaron que ya no había traductores públicos matriculados en idioma checo en el CTPCBA, que el único profesional habilitado había pedido la baja, y me sugirieron que considerara matricularme en la que es ¡mi lengua materna!

Lengua materna es una expresión común que también suele presentarse como lengua popular, idioma materno, lengua nativa o primera lengua. Define, tal como se desprende del significado de las dos palabras que la forman, al primer idioma que consigue dominar un individuo o, dicho de otro modo, a la lengua que se habla en una nación determinada respecto de los nativos de ella, tal como señala el diccionario de la Real Academia Española (RAE).

La lengua materna es, en definitiva, aquella que se conoce y se comprende mejor, en cuanto a la valoración subjetiva que la persona realiza respecto a las lenguas que domina. También se trata de aquella lengua que se adquiere de manera natural por medio de la interacción con el entorno inmediato, sin intervenciones pedagógicas y sin una reflexión lingüística desarrollada de forma consciente.

Por lo general, el idioma materno se conoce e incorpora desde el seno familiar. La habilidad en la lengua materna es imprescindible para el aprendizaje posterior, ya que constituye la base del pensamiento.

De acuerdo a las teorías de Noam Chomsky y de otros lingüistas, la lengua materna puede ser aprendida hasta, aproximadamente, los doce años de edad. Una vez superado este lapso, las capacidades lingüísticas de cada persona son diferentes y todo idioma incorporado pasa a convertirse en una segunda lengua.

Me pregunto cómo clasificaría el Profesor Chomsky mi aprendizaje del checo... Hasta los nueve con mi madre, luego con mi abuela y posteriormente autodidacta, aunque siempre en contacto con la lengua. A escribir aprendí casi sola, leyendo cartas que llegaban de la familia y contestándolas con ayuda del diccionario; con muchos errores, seguro.

Debo admitir que siempre estuvo en mis planes jurar como traductora en mi lengua materna «algún día», más para cumplir con una promesa imaginaria a mi padre que para la práctica de la profesión en sí. Por ello, devoraba cuanto libro en checo estaba a mi alcance, asistía a las escasas clases que localmente se ofrecían, escuchaba canciones e historias grabadas que mi tía Maña lograba enviarme, a pesar de los controles comunistas. Tenía asistencia perfecta al Cine Cosmos cuando el repertorio era checo. Sin embargo, fue recién después de la caída del Muro (en noviembre de 1989) cuando las posibilidades se abrieron. Comencé a viajar y a conectarme con mis orígenes, con mi familia, con esa tierra tan amada por mis padres, percibida por mí solamente a través de sus relatos.

En 1997 tuve la posibilidad de una beca de perfeccionamiento lingüístico en la Facultad de Filosofía de la Universidad Palacky de Olomouc (Filozofická fakulta UP v Olomouci), en la zona de Moravia. Luego, en 2003, obtuve otra beca de la Universidad Carolina de Praga (Univerzita Karlova v Praze; sede Dobruška). Además, realizaba viajes de placer e investigación, que me permitieron ir construyendo una suerte de andamiaje virtual en el que colocaba los conocimientos y contactos específicos que iba adquiriendo. Pasaba días enteros en bibliotecas y librerías, investigando y entrevistando a profesionales y colegas para intercambiar ideas y realidades. Sistemas legislativo, ejecutivo y judicial: actuales, durante la época comunista, regímenes anteriores (Imperio austrohúngaro). Tantas cosas que averiguar, fuentes de información que localizar.

Finalmente, en 2015 gané una beca de posgrado en el Programa de Estudios Eslovacos que ofrecía el Ministerio de Educación de la Nación Argentina, conforme a un convenio con el Ministerio de Educación, Juventud y Educación Física de la República Checa, para hacer un curso intensivo en la Universidad Carolina de Praga, específicamente, en su Instituto de la Lengua y Preparación Especializada, con sede en la ciudad de Poděbrady. A poco de mi regreso a Buenos Aires, me animé, le solicité

al CTPCBA que me otorgara la matrícula habilitante en idioma checo, y el Consejo Directivo autorizó mi inscripción. Hasta aquí, mi historia personal.

A continuación, transcribo algunas reflexiones del Doctor Facundo Manes, creador del Instituto de Neurología Cognitiva (INECO) y rector de la Universidad Favaloro, sobre el aprendizaje y la enseñanza, en su presentación «El conocimiento como política de desarrollo y equidad social», en el segundo encuentro Camino al G20:

Mi maestra tenía información que yo no tenía. Eso me generaba respeto, admiración. Hoy cambió, porque cualquier chico de diez o doce años tiene un *smartphone* y tiene acceso a internet. Un chico de diez o doce años con acceso a internet hoy tiene más información que la que tuvo el presidente de los Estados Unidos cuando decidió conquistar la Luna. Hoy, la información no genera respeto ni admiración, porque la información está disponible, lo cual no quiere decir que cambie el rol del docente, o que la era digital reemplace el contacto humano. [...]. El cerebro humano, que no cambió en veinte mil años o más, aprende básicamente con tres cosas: cuando algo nos inspira, cuando algo nos motiva y cuando algo nos parece un ejemplo, y ese va a ser siempre el rol del docente, del tutor, del jefe, del maestro, del inspirador. [...]. Hay que reinventar al docente, porque el docente ya no tiene que transmitir la información, porque la información está disponible (<http://noticias.perfil.com/2018/03/15/facundo-manes-hay-que-reinventar-al-docente/>).

Las tendencias más recientes en educación hablan de la formación de un ciudadano global, señalan que el rol docente ya no es más aquel de trasmisor de saberes y conocimientos, sino el de generador de experiencias. Y, aún más, arriesgan a que el docente pueda incorporar nuevos saberes durante esa inmersión, mientras ayuda al estudiante a sumergirse en lo desconocido. Se habla de «experimentar en carne propia», «compartir la experiencia», «reflexionar juntos».

Hablar de corrido o comprender lo que otros dicen o escriben más allá de las palabras en un idioma cualquiera ayuda, pero no es garantía de una traducción perfecta. Es necesario contar con fuentes de consulta específicas, diccionarios, profesionales especializados a quienes recurrir en internet, acceso a bibliotecas, capacitación.

Pero coincidamos en que capacitarse no es solo recibir información y acumularla, es aprender a procesarla para un fin específico, intercambiarla, intervenirla, experimentarla. En los idiomas de baja difusión la capacitación no es tan accesible, pero el acceso a las fuentes de información sí lo es. Queda en nuestras manos encontrar la forma de generar las experiencias necesarias.

Espero que mis reflexiones hayan sido de interés o hayan motivado a algún colega, presente o futuro, a iniciar nuevos caminos. ■